

LATINOAMÉRICA DESDE ABAJO

LAS REDES TRASNACIONALES DE LA REFORMA UNIVERSITARIA (1918-1930)¹

MARTÍN BERGEL*

I

En enero de 2006, el VI Foro Social Mundial que se llevó a cabo en la ciudad de Caracas estuvo atravesado por una discusión que, si se había manifestado ya en las ediciones anteriores realizadas en Porto Alegre y en Mumbai, entonces tuvo ocasión de escenificarse de un modo particularmente vívido. En un acto realizado en el teatro Paraninfo frente a cientos de delegados de movimientos sociales de todo el mundo, el presidente venezolano Hugo Chávez dio a entender que si el Foro no adquiriría un sesgo netamente político, no debía

augurársele una vida demasiado larga y útil. Chávez, respaldado en esa posición por algunos intelectuales ligados desde el comienzo al proceso iniciado en Porto Alegre como Ignacio Ramonet, Bernard Cassen y Samir Amin, entendía por ello la definición de un rumbo y un programa definido, en cuya elaboración y posterior ejecución probablemente aspiraba a reservarse especial incidencia².

Inmediatamente, una importante porción de los delegados, muchos de los cuales habían visto con simpatía que el encuentro se realizara en la Venezuela chavista, reaccionaron frente a lo que se juzgó como una intromisión ajena al tipo de cultura política que desde su Carta de Principios promueve el Foro Social Mundial

* Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

1 Este artículo ofrece una versión considerablemente extendida de una ponencia presentada en el Coloquio Internacional “Pensar América Latina”, que tuvo lugar los días 27, 28, 29 y 30 de noviembre de 2007 en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

2 El argumento de Chávez se correspondía con un artículo de Ramonet publicado poco tiempo antes de la realización del encuentro de Caracas, que sugería que si el Foro no se encolumnaba detrás de una voluntad política definida, perdía eficacia y sentido político.

(esencialmente, una cultura política protagonizada por la sociedad civil). Esa reacción fue suficientemente grande como para que desde el entorno de Chávez se creyera necesario un gesto compondor que se materializó en una nueva reunión con los movimientos sociales realizada dos días después. En esa oportunidad, el presidente venezolano permaneció en silencio ante las palabras de una veintena de delegados de campañas y organizaciones sociales de todo el mundo, y sólo tomó la palabra, mesuradamente, para saludarlos sobre el final del encuentro.

La escena refleja la tensión existente entre dos modos de concebir la articulación de los sujetos sociales y los vínculos transnacionales. De un lado, un tipo de integración guiado por la iniciativa de los Estados a través de sus representantes institucionales. De otro, un proceso que supo ser conceptualizado desde la vertiente italiana del movimiento global de movimientos –o movimiento alterglobalizador– como una *globalizzazione dal basso* (globalización

desde abajo)³. Pues bien: es posible señalar que, en la presente hora latinoamericana, una tensión similar estructura las alternativas en torno a cómo pensar la integración continental y global de las fuerzas que se oponen al capitalismo neoliberal.

Los 90 años de la Reforma Universitaria, ese proceso iniciado en la ciudad argentina de Córdoba que en su vertiginosa expansión continental acabó por producir uno de los momentos históricos de mayor densidad y riqueza en la historia de los latinoamericanismos, se ofrecen como una ocasión para visitar los modos en que las redes de ese movimiento supieron construirse. Este texto se propone entonces realizar una incursión genealógica para extraer del archivo de las diversas tentativas

3 El concepto ha sido usado ampliamente por una mirada de autores y movimientos sociales. Otro tanto ha ocurrido con la voz inglesa correspondiente, “*globalization from below*”.

en que se ha concebido y practicado la unidad latinoamericana un modelo que aquí denomino “latinoamericanismo desde abajo”. Entre 1900 y 1930, pero sobre todo desde el acontecimiento cordobés de 1918, un amplio y heterogéneo conjunto de intelectuales y movimientos sociales –esencialmente dos: el movimiento estudiantil y el movimiento obrero– desarrollaron una intensísima madeja de contactos y vínculos, de tal suerte que la extensión y la profundidad de esa trama tuvo como correlato la emergencia de un imaginario continentalista que llegó a ser patrimonio de amplias capas de las poblaciones latinoamericanas. Lo significativo del caso es que ese impulso provino desde esferas de lo que hoy llamamos sociedad civil, y que si contó eventualmente en algunos casos con apoyo estatal, muchas veces le tocó actuar contra la voluntad de los elencos gobernantes, mucho más preocupados por consolidar las respectivas identidades nacionales que por cultivar lazos de tipo transnacional.

II

Corresponde de inicio situar brevemente algunas coordenadas del momento histórico en que tiene lugar el ciclo del reformismo univer-

sitario latinoamericano. Hacia comienzos del siglo XX el mundo experimentaba una serie de mutaciones altamente significativas. La llamada segunda revolución industrial, protagonizada por algunos de los países de mayor desarrollo, se correspondía con una nueva fase del capitalismo y con el avance imperial de esas potencias sobre el conjunto del globo. Los distintos espacios periféricos reaccionaban a su vez a esos estímulos, en grados y formas muy diversas, intensificando su conexión con el mercado mundial. Como parte de ese proceso de creciente interrelación, importantes corrientes migratorias contribuían a alterar el paisaje del mundo.

Por lo que a nosotros más interesa, ese proceso tenía como efecto un cambio cualitativo en la dinámica de las comunicaciones planetarias. No es exagerado señalar que fue en esas décadas cuando los distintos espacios del orbe se vieron por primera vez efectivamente conectados al menos en algún grado. La naturaleza de las drásticas variaciones que esa suerte de “primera globalización” trajo aparejadas no escapó a los observadores más agudos del momento. Para el francés Paul Valéry, por caso –uno de quienes más concluyentemente había tematizado, ya en 1919, el colapso civilizatorio y la “crisis del espíritu” que había sobrevenido

en Europa con la Primera Guerra Mundial–, el conjunto de transformaciones que ese acelerado período contradictorio de barbarie bélica y modernización técnica había producido tenía todo el sabor de un quiebre epocal. En 1928, podía sintetizar de este modo el alcance de esas mutaciones:

Los fenómenos políticos de nuestra época están acompañados y complicados por un cambio sin ejemplo en la escala o, mejor, por un “cambio en el orden de las cosas”. El mundo al que comenzamos a pertenecer, hombres y naciones, es sólo una “figura parecida” al mundo que nos era familiar. El sistema de causas que gobierna la suerte de cada uno de nosotros se extiende en adelante a la totalidad del globo, lo hace resonar por completo a cada conmoción. Ya no hay cuestiones terminadas por haber sido terminadas en un punto (Valéry, 1931)⁴.

El renombrado poeta y ensayista francés venía insistiendo desde tiempo atrás en posiciones de ese tinte, y sus tesis eran conocidas por algunas de las figuras pertenecientes a la autodenominada “nueva generación” emergente con la Reforma Universitaria. Uno de los textos en que desplegó tal perspectiva se tradujo y publicó en

4 Citado en Marramao (2006:11).

la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset (Valéry, 1927)⁵. Nacida en 1923, esta influyente publicación buscaba ofrecer a los lectores de habla hispana algunas novedades de la “nueva sensibilidad” de posguerra que era también anhelada insignia de los jóvenes reformistas de la década del veinte (cuyo repudio del positivismo hegemónico en la generación anterior con la que rompían, que podía declinarse ya en clave filosófica, ya en clave estética –y era el caso de aquellos vinculados a las vanguardias literarias–, había tenido en Ortega un punto de apoyo decisivo)⁶.

Ese cambio en la escala del cuadrante de

5 Allí Valéry reiteraba el juicio acerca de la irreversibilidad de los cambios de la época, sobre todo en cuanto a los nuevos alcances de los fenómenos políticos: “La política de un Richelieu o de un Bismarck se pierde y pierde todo su sentido en este nuevo ambiente. Las nociones de que ellos se servían en sus designios, los objetos que podían proponer a la ambición de los pueblos, las fuerzas que figuraban en sus cálculos, todo eso va siendo muy poca cosa [...] Todo el genio de los grandes gobiernos del pasado se encuentra extenuado, quedó impotente y es inutilizable por virtud de la amplitud y el crecimiento de las conexiones del campo de los fenómenos políticos” (Valéry, 1927:11-12).

6 Sobre el impacto de Ortega y Gasset en la nueva generación reformista en Argentina –sobre todo a partir de su sonada visita de 1916–, véanse las referencias de Terán (1999) y de Vásquez (2000).

los fenómenos comunicacionales y políticos advertido por Valéry, que había transformado tan hondamente las resonancias globales de cualquier acontecimiento –de modo tal que un hecho como la Revolución de Octubre, ocurrido en la hasta ayer tan remota y desconocida Rusia, tuviera el efecto de un cimbronazo de profundas consecuencias en todo el mundo–, tuvo ciertamente precondiciones técnicas. Hoy difícilmente nos hacemos a la idea de que la circulación internacional de la información, todavía en las últimas décadas del siglo XIX, tenía esencialmente la velocidad que los desplazamientos del hombre pudieran alcanzar. La navegación a vapor y el ferrocarril habían producido una aceleración en las comunicaciones y un significativo engorgamiento del globo, pero todavía hacia 1840 Charles Havas, fundador de una de las primeras agencias de información, utilizaba palomas mensajeras para el envío de despachos de Londres a París (Lombardi, 1992:119). De allí que, cuando a mediados de siglo, tras varias tentativas frustradas o sólo parcialmente exitosas, cobra realidad el telégrafo como mecanismo de transmisión de información, se inaugura una nueva página en la historia de las comunicaciones humanas. Como señala Carlo Lombardi:

[...] en el momento en que se realiza la conexión entre diversas ciudades, entre distintas naciones y continentes de ultramar, se extiende desmedidamente el campo del conocimiento de hechos, de las noticias y acontecimientos. Con la difusión del telégrafo (y más adelante del teléfono), la crónica deviene “crónica del mundo”. (Lombardi, 1992:123)

Un eslabón singular dentro de ese campo de adelantos técnicos lo constituyó el del tendido de un cable telegráfico transoceánico entre América y Europa. Como otras conquistas humanas del siglo XIX, la historia de ese logro, percibido por los contemporáneos como una hazaña por las dificultades que entrañaba, estuvo salpicada de elementos épicos. Mezcla del concurso combinado de hombres de temple aventurero, el espíritu de ensoñación científicista que abundaba en la época, una intermitente colaboración estatal, y la participación decisiva de asociaciones de capital privado, este hecho devendría con las décadas, una vez que alcanzó a perfeccionarse, un acontecimiento clave en la trama material de las comunicaciones mundiales⁷.

7 En el mismo período de entreguerras desde el que Paul Valéry describía, azorado, las mutaciones que habían trastocado en apenas décadas el paisaje del glo-

Todo ello anunciaba que la era de las asociaciones mancomunadas a distancia estaba llegando. Si Marx había profetizado, a mediados de siglo XIX, el advenimiento de una comunidad planetaria de aquellos que, nacidos de las entrañas de la modernidad capitalista y beneficiados de los avances que comportaba, vendrían a subvertirla –los proletarios del mundo–, la trama material para la efectiva constitución de un espíritu universal semejante sólo sería posible a partir de los cambios de esa época vertiginosa. Y así como en ese fin de siglo la psicología de las masas de Gustave

Le Bon podía presentarse como una plataforma teórica para pensar los modos en que una fuerza eléctrica podía apoderarse subrepticamente de los individuos para hacer de ellos multitudes callejeras, otro cultor de las emergentes ciencias sociales, el también francés Gabriel Tarde, extendía esas consideraciones para entender otra forma de agregación: la que se producía precisamente por acción de los nuevos medios de comunicación en forma de “sugestiones a distancia”. Así, en su *La opinión y la multitud*, publicado en el inicio del nuevo siglo, podía establecer:

bo, otro destacado escritor, el austríaco Stefan Zweig, embargado él mismo de un idealismo humanista que creía ver en los impulsores de la empresa transoceánica, ponía de relieve su significado: “Nunca podremos imaginarnos el asombro de aquella generación testigo de los primeros resultados obtenidos por el telégrafo [...] Asombra a aquella gente el hecho de que la idea apenas concebida, la palabra escrita, que no se ha secado aún, ya pueda ser recibida, leída, comprendida, en el mismo segundo, a miles de millas de distancia, y que la corriente invisible entre los dos polos de la minúscula columna voltaica pueda ser extendida sobre toda la tierra [...] Dos lazos unen ahora al Viejo Mundo y el Nuevo Mundo, convertidos en uno sólo. El milagro de ayer se ha transformado en lo natural de hoy, y desde aquel momento, el mundo responde, como quien dice, a un solo latido de corazón...”. (Zweig, 1953:122-23 y 146-47).

La edad moderna, desde la invención de la imprenta, ha hecho aparecer una especie de público completamente distinta, que no cesa de aumentar [...] se ha realizado la psicología de las masas; queda por hacer la psicología del público; entendido en este otro sentido, es decir como una colectividad puramente espiritual, como una diseminación de individuos físicamente separados y entre los cuales la cohesión es completamente mental. (Tarde, 1904)⁸

La noción de que las transformaciones cualitativas de las décadas precedentes habían

8 Citado en Sazbón (2006:134).

finalmente hecho del mundo Uno, no tardará en ser enunciada también en América Latina. Cuando José Carlos Mariátegui retorna en 1923 a Lima, tras cuatro años de estancia europea, dicta ante un rebotante auditorio de trabajadores y estudiantes una serie de conferencias en la flamante Universidad Popular González Prada –nacida del corazón del movimiento reformista universitario del Perú y a la sazón una de las iniciativas que más felizmente logró conectar la nueva sensibilidad estudiantil con un público obrero–, luego agrupadas en su libro *Historia de la Crisis Mundial*. En la apertura de esa serie de alocuciones públicas que buscaba poner a disposición de los oídos curiosos de sus escuchas la realidad contemporánea de la crisis civilizatoria de posguerra y la concomitante constitución de un movimiento socialista mundial, el peruano no duda en sentenciar:

La civilización capitalista ha internacionalizado la vida de la humanidad, ha creado entre todos los pueblos lazos materiales que establecen una solidaridad inevitable. El internacionalismo no es sólo un ideal; es una realidad histórica. El progreso hace que los intereses, las ideas, las costumbres, los regímenes de los pueblos se unifiquen y se confundan. El Perú, como los demás pueblos americanos, no está, por tanto,

fuera de la crisis; está dentro de ella. (Mariátegui, 1994:845)

III

La observación de Mariátegui, de orden descriptivo, se anudaba y confundía con aseveraciones de naturaleza prescriptiva. Para el peruano la unidad del mundo era tanto un dato, derivado de las nuevas realidades de posguerra, como un deseo, que surgía de su proyecto político-cultural⁹. Y al asumir esa doble impronta no hacía sino replicar el gesto que apenas unos años antes –y también luego, en su desarrollo posterior– había prohijado el movimiento de la Reforma Universitaria nacido en Córdoba

9 En una conferencia coetánea a las que conformarían su *Historia de la Crisis Mundial* dictada en Barranca –hoy un reconocido barrio limeño, entonces apenas un pueblo de la periferia–, Mariátegui exhortaba: “Presenciamos actualmente la disgregación de la sociedad vieja; la gestación, la formación, la elaboración lenta, dolorosa e inquieta de la sociedad nueva. Todos debemos fijar hondamente la mirada en este período trascendental, fecundo y dramático de la historia humana. Todos debemos elevarnos por encima de los limitados horizontes locales y personales para alcanzar los vastos horizontes de la vida mundial”. (Mariátegui, 1997:21).

en 1918. En efecto, ya en el primer párrafo del célebre *Manifiesto Liminar* reformista, redactado por el joven abogado cordobés Deodoro Roca, se advierte esa doble función, descriptiva y prescriptiva, presente en uno de sus más célebres enunciados:

Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.

Ese texto –dedicado en su epígrafe a “los hombres libres de Sudamérica”–, en el enunciado que invocaba la existencia de “una hora americana”, recogía una trama del pasado anterior a 1918 tanto como disponía un horizonte programático de las ideas y prácticas que deberían regir el accionar del movimiento que de ese modo se anunciaba a la faz del continente. El hecho cordobés, en efecto, se quería a sí mismo tanto un producto como un anhelado dinamizador de una perspectiva latinoamericanista.

A menudo se alude a fórmulas sintéticas para mostrar cómo ese grito de Córdoba encontró rápida propagación en todo el continente. Tulio Halperin Donghi (1999: 110), por ejemplo, ha señalado el modo como la Reforma halló en latitudes lejanas una sorprendente “caja de resonancia”. En cambio, no siempre se ha tomado en cuenta con detalle los mecanismos concretos en que se dio tal expansión. Hemos mencionado ya, en el acápite anterior, el marco tecnológico pero también cultural en que las noticias internacionales comenzaron a circular y a ser incorporadas como insumos del propio acontecer local. De Mariátegui a Roberto Arlt, pasando por un sinfín de figuras que asumieron de diversos modos el lugar de intelectuales-periodistas, los cables internacionales fueron la materia prima necesaria que, proveniente de agencias sospechadas de parcialidad, debían por lo tanto pasar por el tamiz del intérprete. Las menciones a los cables, a su carácter indispensable pero a la vez a su tendenciosidad, abundan en el período¹⁰.

10 El propio Mariátegui es acaso la mejor expresión de la actitud ambivalente de la nueva generación intelectual latinoamericana respecto a los modos de circulación de la información internacional. En una conferencia ante un público obrero, el peruano po-

Pero junto a ese escenario de circulación internacional de las noticias, “encogimiento del mundo” y concomitante creación de nuevas “comunidades imaginadas” de rango transnacional que informó el clima político y cultural de las primeras décadas del siglo, prácticas más concretas y específicas tejieron intensamente

día afirmar que “el diario es un mensajero, vehículo, un agente infatigable de las ideas [...] La revista y el semanario no marchan al compás de la vida moderna. No recogen la emoción del instante. El diario en cambio recoge la pulsación y el latido diarios de la humanidad infatigable [...] La revista y el semanario deben ser crítica de la crítica; el diario es la crítica de la vida palpitante” (Mariátegui, 1997:21). A renglón seguido, en la conferencia de la Universidad Popular antes mencionada, Mariátegui señalaba: “el proletariado necesita, ahora como nunca, saber lo que pasa en el mundo. Y no puede saberlo a través de las informaciones fragmentarias, episódicas, homeopáticas del cable cotidiano, mal traducidas y peor redactadas en la mayoría de los casos, y provenientes siempre de agencias reaccionarias” (Mariátegui, 1994:845). De esa tensión respecto a un material necesario pero insuficiente surgía la irrefrenable vocación de periodista e intérprete de los sucesos del mundo contemporáneo de Mariátegui –a la sazón redactor de una sección titulada “Lo que el cable no dice” en la revista limeña *Varietades*–, así también como su permanente rol de animador de numerosas publicaciones periódicas. Sobre esa faceta del intelectual marxista peruano, véase Beigel (2007).

las redes latinoamericanas del reformismo universitario en América Latina. De esa densa trama recuperaremos tres formas cruciales en la gestación de lo que denominamos “latinoamericanismo desde abajo”: los viajes, las cartas, y las revistas de alcance continental. Pero esas prácticas, que el acontecimiento cordobés de 1918 dinamiza y lleva a grados difíciles de encontrar en momentos anteriores y posteriores de la historia del continente, ciertamente tenían una historia previa. Sobre ella posaremos un instante nuestra mirada.

IV

El inicio del ciclo que permitía evocar en 1918 la existencia de una “hora americana” puede ubicarse en un doble acontecimiento coincidente con el cambio de siglo. En 1898, el resultado de la guerra hispano-norteamericana, que traía consigo la inapelable evidencia de la nueva situación de hegemonía geopolítica de los Estados Unidos sobre al menos una porción del continente, produjo como efecto el incentivo de una saga de pronunciamientos e intervenciones intelectuales que Oscar Terán supo describir y condensar bajo el nombre de “primer antiimperialismo latinoamericano”, y que, como corre-

lato del peligro advertido en la prepotencia del gran país del norte, avanzó la idea de la necesidad de la unidad del continente (Terán, 1986). También este hecho tuvo el impacto que tuvo gracias a su novedosa inscripción en el entramado comunicacional que alteraba el mapa de la modernidad¹¹. El otro fenómeno que impulsó la emergencia de ese incipiente latinoamericanismo pertenece a la historia cultural e intelectual del continente, y estuvo en parte alentado por el nuevo clima en que se vio envuelto sobre todo el público y las elites letradas a partir de la guerra del 98. Como parte de esa sensibilidad, un conjunto de escritores que venía ya inte-

11 “Para el archipiélago de las Filipinas y para Puerto Rico y Cuba, las guerras del 98 significaron una enorme e insólita visibilidad. En ningún otro momento se habían difundido masivamente, y en tan breve tiempo, tal cantidad de fotos, textos y mapas de las antiguas colonias españolas. Gracias al espectacular desarrollo de la tecnología y a la simplificación de la Kodak portátil (que se vendía por siete dólares de entonces), la ocupación de las islas generó una iconografía y una documentación visual sin precedentes [...] El 98 estableció una nueva y doble relación: por un lado, entre el lenguaje, las imágenes y la acción; y, por otro, con un universo premoderno representado en publicaciones destinadas a tener una repercusión considerable en la moderna cultura de masas que ya funcionaba en las ciudades norteamericanas”. (Díaz-Quinones, 2005:167)

ractuando a escala continental, reforzó su autoconciencia latinoamericana y su inscripción dentro de un mismo movimiento literario: el denominado modernismo. Dentro de ese espectro, alcanzó especial significación la aparición y posterior profusa circulación del ensayo *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó, aparecido en el 1900. Ese célebre texto, que en prosa barroca invocaba un nuevo idealismo de las juventudes latinoamericanas en oposición al materialismo que se creía dominante en la cultura norteamericana, representó un hito en la extensión y profundización de ese primer antiimperialismo latinoamericanista referido por Terán.

Ahora bien, como hemos señalado ya, si esa sensibilidad conoció una creciente propagación fue porque ingresó en la nueva trama comunicacional que modificaba entonces el impacto de las “sugestiones a distancia”; y, más específicamente, porque tuvo como soporte tres tipos de prácticas intelectuales que darían sustento a una nueva materialidad para la idea latinoamericana. La escritura de *cartas* no representaba ciertamente una novedad; lo que sí constituyó entonces algo nuevo fue el modo en que ellas, en su propia existencia y circulación, y en el sistema de referencias que traía asociado, contribuyeron a dar entidad a esa comunidad latinoamericana de escritores. Una función semejante

le cupo a un artefacto sí mucho más novedoso: un tipo de *revista cultural* que, también por su circulación, construcción de tópicos comunes y referencias cruzadas, y contenidos explícitos, cumplía asimismo un papel de reforzamiento de ese emergente “nosotros”. Finalmente, a menudo muchos de quienes participaban de ese comercio de epístolas y revistas culturales de alcance continental –escritores, fundamentalmente, aunque también estudiantes y aun en algunos casos líderes obreros especialmente cultivados–, prohicieron una tercera modalidad de conexión y creación de una simbología común: la de un tipo de *viaje latinoamericano* que se acompañaba de conferencias sobre temas ligados a ese nuevo clima cultural –por caso, el antiimperialismo, o la función social de los escritores–, y que en su despliegue dejaba una estela de rituales y ecos que, de nuevo, coadyuvaba a afianzar ese ideal continental en expansión.

Ciertamente, también en ocasiones algunas iniciativas de diplomáticos y miembros de las elites políticas pudieron sumarse al haz de dispositivos forjadores de esa conciencia continental. No obstante, en el período los resquemores derivados de diferendos limítrofes, hipótesis de conflicto bélico y, de modo tanto más acusado, guerras del pasado entre países vecinos efectivamente consumadas –por poner

un caso ejemplar, la Guerra del Pacífico (1879-1881), que había dejado una herida profunda y continuamente reavivada entre Chile, Bolivia y Perú–, así como el énfasis de los elencos gubernamentales por consolidar las identidades nacionales de sus respectivos países (percibidas, casi siempre con razón, como insuficientemente establecidas), condujeron a que, globalmente, la tarea de estrechar lazos supranacionales quedara en manos de agentes ubicados por fuera de las lógicas de acción estatales.

Ese latinoamericanismo practicado entonces “desde abajo” –desde fuera de la esfera estatal, y a veces, como veremos, contra ella– fue tempranamente asumido como misión por buena parte del lote de escritores modernistas. Por caso, ya en 1896, en una carta que enviaba desde Montevideo y que daba luego a publicidad bajo el título de “Por la unidad de América” en su *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, Rodó saludaba la vocación continentalista que el joven escritor argentino de inclinaciones socialistas Manuel Ugarte le imprimía a su propia publicación, la *Revista Literaria*:

Aludo al sello que podemos llamar de *internacionalidad* americana, impreso por usted a esa hermosa publicación, por el concurso solicitado y obtenido de personalidades que llevan a sus pági-

nas la ofrenda intelectual de diversas secciones del Continente. Lograr que acabe el actual desconocimiento de América por América misma, merced a la concentración de las manifestaciones, hoy dispersas, de su intelectualidad, en un órgano de propagación autorizado; hacer que se fortifiquen los lazos de confraternidad que una incuria culpable ha vuelto débiles, hasta conducirnos a un aislamiento que es un absurdo y un delito, son para mí las inspiraciones más plausibles, más fecundas, que pueden animar en nuestros pueblos a cuantos dirigen publicaciones del género de la de usted. [...] Son las revistas, las ilustraciones, los periódicos, formas triunfales de la publicidad de nuestros días, los mensajeros adecuados para llevar en sus alas el llamado de la fraternidad que haga reunirse en un solo foco luminoso las irradiaciones de la inteligencia americana. (Rodó, 1948) (Énfasis del autor)

Como otros escritores modernistas, Ugarte compartía plenamente la perspectiva sugerida por Rodó, y en los años siguientes hizo mucho por llevarla a la práctica. De allí que en 1910, en su libro *El Porvenir de la América Española*, pudiera establecer un primer balance positivo del “latinoamericanismo desde abajo” de los intelectuales de su generación:

¿Es necesario recordar que las únicas relaciones útiles que existen entre ciertas repúblicas fueron iniciadas por escritores que simpatizaron y

se escribieron sin conocerse? Algunas revistas de la gente joven han sido, en estos últimos tiempos, el foco fraternal donde se reúne en la persona de sus más altos representantes el Parlamento de la raza. *Los poetas han hecho en realidad hasta ahora por la unión mucho más que las autoridades.* Y a ellos les corresponde seguir fecundando el porvenir. (Ehrlich, 2007:113) (Énfasis propio)

Ugarte, que había recalado en Francia a comienzos de siglo y mantenía desde allí una tupida red de interlocutores latinoamericanos, será acaso quien más consecuentemente desarrolle la tarea que predicaba para el conjunto de escritores modernistas. Como señala Beatriz Colombi, la expatriación en el eje París/Madrid de un grupo importante de ellos –Rubén Darío, Amado Nervo, Gómez Carrillo, los hermanos García Calderón, entre varios otros–, redundará en ese medio cosmopolita en una serie de lazos de cofradía intelectual que reforzará las señas de una cultura supranacional que se reconocía en la común identidad latinoamericana. Poco después, entre 1911 y 1913, Ugarte traducirá ese sentimiento en acción militante, al emprender lo que denominará posteriormente “mi campaña hispanoamericana”: una sonada travesía de propaganda antiimperialista y unionista que atravesó una veintena de naciones latinoamericanas y que, en palabras de Colombi, “inaugura la *gira proseli-*

tista continental que imprime un nuevo sentido al viaje finisecular” (Colombi, 2004: 181). Ese viaje, y las conferencias e intervenciones que lo ritman, concitarán en efecto una notable atención por parte de la opinión pública, y despertarán exaltadas pasiones a favor y en contra de Ugarte, en no pocas ocasiones disparadoras de conflictos diplomáticos. En algunos países de Centroamérica –por ejemplo, en Guatemala y El Salvador–, el temor ante los efectos de su verba son tales que sus conferencias son prohibidas. El paso de Ugarte por México resulta especialmente ilustrativo del tenor del impacto que su palabra engendraba. Su presencia en ese país, a comienzos de 1912, genera un conflicto de inesperada magnitud que por unos días ingresó de lleno en el centro del acontecer de la política local: invitado a disertar sobre “la mujer y la poesía” por el prestigioso Ateneo de la Juventud, dirigido por José Vasconcelos y aliado entonces del gobierno revolucionario, cambia sobre la marcha el tema previsto y se dispone a acometer la cuestión del creciente expansionismo norteamericano. Como ni el presidente Madero ni por extensión los ateneístas juzgan conveniente patrocinar a esa figura cuya estentórea prédica podía enervar el ya existente sentimiento anti-norteamericano en momentos en que el país del norte brindaba apoyo al gobierno, finalmente

se opta por suspender la conferencia prevista. La decisión no hizo sino crispar los ánimos, y de inmediato ruidosas manifestaciones de estudiantes desfilaron por las calles de la capital vitoreando a Ugarte, que desde los balcones de su hotel devolvía el apoyo con nuevas arengas. El gobierno, ante esta impensada crisis, accede finalmente a que el escritor argentino dicte su conferencia. Bajo el inequívoco título “Ellos y Nosotros”, y frente a una multitud que según las crónicas periodísticas alcanza las tres mil personas, Ugarte insiste en la imperiosa necesidad de estrechar lazos a nivel continental como modo de frenar la avanzada norteamericana en América Latina (Yankelevich, 1997: 158)¹². Días después, y nuevamente frente a numerosos seguidores, al rendir homenaje en los bosques de Chapultepec a los “niños héroes” de 1847 –los cadetes adolescentes transformados en mito nacional mexicano por resistir hasta la muerte la invasión norteamericana a la capital, cuando la guerra en la que Estados Unidos se apropia de Texas y Baja California–, Ugarte vuelve a insistir con las invectivas antiimperialistas y unionistas que tanto ruido y fama daban a su gira:

12 Una reseña de las vicisitudes de la conflictiva visita de Ugarte a México puede verse además en Garcíadiego (1996:150-158).

En este mausoleo de los mártires de Chapultepec hay una advertencia, un programa y un símbolo [...] La América Latina tiene que ser “una” en los momentos de prueba. Hago votos porque si un nuevo atentado se desencadena mañana sobre cualquiera de nuestras repúblicas, la opinión se levante unánime imponiendo a los gobiernos la solidaridad salvadora. (Ugarte, 1922:91¹³)

La fuerza de lo que Ugarte llama aquí “la opinión” había logrado en efecto torcer el rumbo del gobierno de Madero en cuanto a la realización de su conferencia antiimperialista. Y más allá de que los siguientes gobiernos de la Revolución Mexicana hicieron hasta cierto punto suyo ese sesgo –en distintos grados y según las coyunturas políticas y diplomáticas–, y terminaron por ser, sobre todo en los años veinte, la encarnación estatal más acabada de los ideales de la nueva generación que entonces se anunciaba al continente, el hecho muestra como, incluso allí donde una revolución social estaba teniendo curso, en 1912 el impulso más decididamente latinoamericanista provenía de fuera del Estado. Por lo demás, en la gira de Ugarte están reunidos los componentes fundamentales que los jóvenes de la Reforma del 18 desa-

rollarían en abundancia: el viaje proselitista como mecanismo destinado a estrechar lazos y construir sólidas redes; la conferencia como modo de comunicar vívidamente la “emoción” (por usar una palabra de la época, muy cara a Mariátegui) que embargaría a cientos de jóvenes en la creencia de una común pertenencia a una nueva generación latinoamericana; los rituales y creación de escenas –como el homenaje de Ugarte a los “niños héroes”–, que llevados a cabo por abanderados de la causa latinoamericana contribuían a dejar una más profunda marca simbólica tendiente a reforzar el imaginario continentalista común.

V

Con ser probablemente los más célebres, los escritores modernistas no fueron los únicos que colaboraron en el tejido del sentido de pertenencia latinoamericano al que venimos refiriéndonos. Movimientos políticos y culturales que, en esa época de encogimiento del mundo, tenían un horizonte explícitamente internacional, coadyuvaron a reforzar los vínculos y contactos en el espacio del continente. Tal el caso de corrientes políticas como el socialismo y el anarquismo, o espiritual-filosóficas como la teo-

13 Citado por Galasso (1974:259-260).

sofía, que, aun cuando a comienzos de siglo XX se inclinaban hacia una prédica universal antes que específicamente latinoamericana, dinamizaron los intercambios a escala continental¹⁴. No corresponde ver sin embargo esos movimientos de aspiraciones internacionales como compartimentos estancos, separados entre sí: como hemos podido ver en el caso de Ugarte, su trabajo de construcción de redes latinoamericanas podía apoyarse tanto en los contactos derivados de su fe socialista como en las formas de sociabilidad que se derivaban de su rol de escritor¹⁵. Otros casos son igualmente indicadores de esa tendencia: el joven poeta argentino Leopoldo Lugones, por caso, podía a un tiempo, sobre el

filo del siglo, repartir sus preocupaciones entre la bohemia literaria modernista apadrinada por Rubén Darío, sus breves pero centellantes convicciones socialistas en el periódico *La Montaña*, junto a José Ingenieros, en 1897, y, casi inmediatamente, constituirse en el principal redactor de *Philadelphia*, el órgano de la sociedad teosófica de Buenos Aires¹⁶. Otro tanto ocurría con Alfredo Palacios, el reconocido primer diputado socialista de América, quien también sobre el comienzo del siglo no veía reñida su militancia política con sus inquietudes teosóficas. También Vasconcelos, como Palacios, otra de las figuras posteriormente consagradas como “maestros de juventud” por los reformistas, supo mostrar intereses en la teosofía. Y los ejemplos pueden fácilmente multiplicarse. Lo que importa señalar aquí es que el impulso latinoamericanista podía verse auspiciado por identidades y formas de agregación políticas y culturales que, antes que excluirse, frecuentemente se implicaban, reforzando así esa tendencia a construir redes a escala continental.

Dentro de ese abigarrado mundo de figuras que en su tránsito por subculturas literarias,

14 Sobre los vínculos propiciados por la teosofía a escala de América Latina en un período apenas posterior (Devés y Melgar Bao, 1999).

15 La tupida correspondencia de Ugarte con un amplio espectro de latinoamericanos (y también europeos), que puede consultarse provechosamente en el Archivo General de la Nación de Buenos Aires, permite observar que tenía por temas tanto a aquellos político-sociales vinculados a su adscripción socialista y antiimperialista, como a los específicamente literarios (envío y comentario de textos, pedidos de artículos, etc.). Laura Ehrlich (2007) ha analizado no sólo los aspectos convergentes sino las tensiones derivadas de esa doble pertenencia del intelectual argentino.

16 Sobre el rol protagónico de Lugones en la sociedad teosófica porteña de principios de siglo XX (Quereilhac, 2008).

espirituales y políticas se vinculaban por ello necesariamente con pares de otros países del continente, desde el comienzo del siglo pareció recortarse una nueva posición de enunciación desde la cual también se enarbolaban, y con mayor fruición, los anhelos continentalistas: la de los estudiantes. Si Rodó había imaginado en su *Ariel* que los vientos de renovación estarían comandados por las juventudes del continente –un nombre evocado entusiasta pero imprecisamente–, la fundación de nuevas universidades y/o la ampliación progresiva de los círculos sociales que hasta entonces las frecuentaban circunscribieron un escenario más concreto y situado para el accionar de los jóvenes que en efecto parecieron querer encarnar el anuncio profético del escritor uruguayo. En efecto, una nueva identidad estudiantil pareció cobrar forma en los albores del siglo. Ella pudo manifestarse en conflictos en los que algunas de las reivindicaciones posteriores de los reformistas del 18 tuvieron ocasión de ver la luz. Tal lo aconteció, por ejemplo, con la prolongada agitación de un numeroso contingente estudiantil de la Universidad de Buenos Aires –de la Facultad de Derecho primero, de la de Medicina después–, que en los años que van de 1903 a 1906 protestan contra las instancias de gobierno

vitalicias y oligárquicas que concentraban el poder en las casas de estudio, o con la sonada huelga de estudiantes que conmueve a la Universidad de Cuzco, en 1909 (Halperin Donghi, 2002:87-97 y Cornejo Köster, 1978:233).

Ese emergente sujeto estudiantil rápidamente vinculó los reclamos de renovación de los contenidos de las distintas disciplinas y las peticiones de cambios en las formas de gobierno de las universidades con el horizonte latinoamericano que hemos visto surgir con el despertar del siglo. Así, ya en 1901 se celebraba en la ciudad de Guatemala el Primer Congreso Centroamericano de Estudiantes Universitarios, que además de promover la organización de los estudiantes de las distintas facultades, incluyó en sus recomendaciones finales “la necesidad de trabajar por la unificación de todos los estudiantes centroamericanos” (Machuca Becerra, 1996: 74). Ese afán unionista impulsado por las nacientes entidades estudiantiles del continente se vio más firmemente materializado y cobró mayor visibilidad con la realización de tres encuentros internacionales consecutivos: los Congresos Internacionales de Estudiantes Americanos de Montevideo, en 1908, de Buenos Aires, en 1910, y de Lima, en 1912. Esa saga, que se interrumpió por el estallido de la Guerra Mundial

del 14 –estando ya dispuesta para ese año la realización de una cuarta edición en Santiago de Chile–, contó con la presencia de importantes delegaciones estudiantiles, sobre todo de los países del cono sur, y fue seguida con atención por la prensa y algunos de los escritores que venían propiciando la necesidad de la integración del continente¹⁷. Y las deliberaciones y resoluciones que tuvieron entonces lugar abordaron de diversas maneras la totalidad de aspectos propiamente universitarios –renovación de los estatutos y de los métodos de enseñanza, cogobierno estudiantil, libertad de cátedra, etc.– que estarían en el centro de las reformas emprendidas a partir del acontecimiento cordobés de 1918 (de un modo tal que

17 Ejemplarmente, Rodó, que fue agasajado en esos congresos en varias oportunidades, creía ver en ellos la cristalización de su llamado americanista. En carta al español Rafael Altamira, podía referir entonces lo siguiente: “Actualmente se celebra en Montevideo el Primer Congreso Internacional de estudiantes americanos, interesantísimo concurso en que participan muy distinguidos representantes de las nuevas generaciones de Hispano-América; y esto me ha dado oportunidad gratísima de comprobar cómo *Ariel* y su espíritu han calado en el corazón de la juventud a quien dediqué aquellas pobres páginas mías. Ha llegado a ser una bandera; y esto –por motivos superiores a la pura vanidad literaria– colma mis ambiciones de escritor” (Citado en García, 2000:69).

hay autores que consideran que la importancia de esa fecha ha sido sobredimensionada, y que el ciclo reformista arranca notoriamente bastantes años atrás) (Van Aken, 1971).

Ahora bien, resulta importante destacar que estos encuentros estudiantiles internacionales fueron no sólo vistos con beneplácito sino expresamente apoyados por al menos una porción significativa de las elites políticas y los elencos estatales, en un rasgo que marca diferencias con lo que será la nota predominante luego de 1918. El congreso de estudiantes centroamericanos de 1901 que hemos mencionado, por caso, contó con el sostén económico de los países de esa región. Todavía más, Susana V. García ha argumentado consistentemente que los encuentros de 1908, 1910 y 1912 cumplieron expresamente una función de política diplomática: los estudiantes, percibidos como estandartes de una nueva época de fraternidad entre las naciones del subcontinente –en la voluntad de algunos gobiernos por superar algunas de las rispideces que se habían dado entre ellos–, habrían sido expresamente comisionados como “embajadores intelectuales”. De allí por ejemplo el importante concurso del gobierno uruguayo en la preparación del congreso de Montevideo de 1908 y en las ceremonias de recepción de los grupos

de estudiantes asistentes¹⁸. Para entender esta situación hay que considerar el hecho de que las delegaciones estudiantiles estaban integradas en su mayoría por figuras cuya extracción social los ubicaba en continuidad antes que en disidencia con las elites sociales y políticas de los regímenes oligárquicos que predominaban en la región, y que estaban lejos de haber entrado en contacto con las ideologías radicales con las que se confundiría el ideario reformista luego de 1918. Baste señalar al respecto que, luego del encuentro de Montevideo, las delegaciones estudiantiles de varios países visitaron Buenos Aires, donde fueron nuevamente agasajadas por figuras de la elite

18 “Las actividades programadas para ese encuentro se desarrollaron con la cooperación de los poderes de turno del Uruguay. Las invitaciones se realizaron a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, que por intermedio de las legaciones y consulados de los países americanos convocaron a las distintas universidades para la participación en el Congreso. También se obtuvo apoyo material de los Poderes Ejecutivo y Legislativo, que contribuyeron con importantes sumas para sufragar los gastos de las recepciones y la publicación de las actas. La recepción de las delegaciones estudiantiles se realizó a través de un amplio programa de actividades, que incluyeron varios agasajos, paseos, banquetes y fiestas en las que participaron políticos y familias de la elite uruguaya” (García, 2000:70).

en el Jockey Club y el Club del Progreso, espacios de sociabilidad por excelencia de los círculos distinguidos de la sociedad porteña¹⁹. También significativamente, en ocasión de la discusión en la cámara de diputados argentina de la asignación de una partida de dinero solicitada por las federaciones estudiantiles para asistir al Congreso de Lima de 1912, fueron los parlamentarios ligados al régimen conservador gobernante quienes apoyaron la demanda –a la postre aprobada–, al tiempo que los legisladores socialistas Juan B. Justo y Alfredo Palacios votaban por la negativa, alegando que esos gastos constituían un “despilfarro de dinero” que podía ser utilizado para cubrir necesidades de sectores efectivamente postergados (García, 2000:75).

El cambio de posición de Palacios, que trocará esa negativa en decidido apoyo a todas las iniciativas del movimiento reformista del 18 –que lo adoptará como una figura señera, indiscutido “maestro de juventud”–, resulta indicativo del proceso de transformación social e ideológica que en pocos años se operará en el seno del emergente movimiento estudiantil en todo el

19 *Ibidem*, (2000:72) Sobre las formas de distinción y los espacios de sociabilidad de la alta sociedad porteña de ese período, cfr. el reciente estudio de Losada (2008).

continente. La Guerra del 14, la subsiguiente revolución bolchevique, y la toma de distancia general respecto a las elites crecientemente asociadas a un régimen político y universitario que era necesario impugnar *in toto*, entre otros procesos significativos interpretados como signos del fin de una época y el comienzo de otra –partera, por lo demás, de la “nueva generación” que los reformistas del 18 creían firmemente representar–, marcarán el pasaje a una nueva situación en la que las federaciones estudiantiles asumirán posiciones crecientemente antioligárquicas. En ese viraje, la palabra revolución, asociada a diferentes significados y prácticas, pasará a ser parte del vocabulario estudiantil. Como parte de esos cambios, el tejido de redes a escala latinoamericana, que en continuidad con la constelación de figuras que hemos estudiado seguirá siendo un objetivo primordial, se autonomizará crecientemente de los Estados, para dar nuevo vigor al “latinoamericanismo desde abajo” que hemos visto protagonizar por figuras como Manuel Ugarte.

VI

Esa pendiente de radicalización se advierte con claridad en las posiciones que asume progresivamente Deodoro Roca, figura clave en

el proceso de la Reforma cordobesa. Hombre proveniente de una de las familias más tradicionales de la provincia mediterránea argentina, Roca adscribirá primero a un liberalismo anticlerical de notas arielistas, para culminar finalmente adhiriendo al socialismo. La huelga universitaria que se inicia el 15 de junio, que da inicio a la Reforma propiamente dicha, lo tiene por una de sus principales figuras. Es él, como hemos mencionado ya, quien redacta entonces el famoso *Manifiesto Liminar*. Y el sesgo americanista que le imprime a ese texto vuelve a hacerse presente en el discurso que, publicado luego bajo el título de “La nueva generación americana”, oficia de cierre del Primer Congreso Nacional de Estudiantes convocado por la Federación Universitaria Argentina a fines de julio de ese año también en Córdoba:

Dos cosas –en América y, por consiguiente, entre nosotros– faltaban: hombres y hombres americanos [...] Andábamos entonces, por la tierra de América, sin *vivir* en ella. Las nuevas generaciones empiezan a *vivir* en América, a preocuparse por nuestros problemas, a interesarse por el conocimiento menudo de todas las fuerzas que nos agitan y nos limitan [...] ¡Crear hombres y hombres americanos, es la más recia imposición de esta hora! (Roca, 1926:18-19) (Énfasis del autor).

Nuevamente en este texto la función descriptiva y el tinte performativo se confunden: la nueva generación es *ya* americana, pero la tarea de la hora es que lo sea más aun. Pues bien: el acontecimiento cordobés, como sucede con los acontecimientos dignos de ese nombre, liberará una serie de significantes que, anudados al juego de otras circunstancias espacio-temporales, multiplicará en efecto las prácticas de creación de ese sentido americano. Por empezar, su propia noticia ingresará en el tejido comunicativo al que nos hemos referido al comienzo de este artículo. Los sucesos cordobeses, en los que se entremezclan un repertorio de acción estudiantil cada vez más radicalizado y un discurso de una economía argumentativa y una poética capaz de concitar simpatías y adhesiones –al punto de impulsar nuevos cursos de acción en ciudades alejadas–, serán seguidos con atención por la opinión pública tanto nacional como internacional. El propio *Manifiesto Liminar* será prontamente reproducido en toda América, en especial en Perú, Chile y Uruguay. La reforma que se anunciaba en Córdoba, por sus contenidos, sus formas y los discursos que buscaban darle sustento, asumía plenamente las características de una irrupción, y en tanto tal resultaba sumamente apropiada para ingresar en las redes contagiosas de las noticias internacionales modernas.

Pero el hecho cordobés no solamente alcanzaría impacto por su contacto con la superficie de la nueva trama comunicacional que afectaba al continente. Su difusión y apropiación se vio favorecida por el clima americanista que hemos visto esparcirse al menos desde 1898. Y, más específicamente, su propagación tuvo como soporte el haz de prácticas que, si en el ciclo cultural previo, con los escritores modernistas a la cabeza, había experimentado un importante despliegue, a partir del 18 cobró nuevo vigor: nos referimos al uso de la correspondencia, a la publicación de revistas de tema y alcance continental, y al desarrollo de viajes y giras proselitistas que con su estela de escenas y rituales reforzaban la adhesión a ese “nosotros” en expansión que Roca resumía en el sintagma “nueva generación americana”. En definitiva, esa densa malla de contactos y relaciones de rango transnacional, despegada de la iniciativa estatal que había auspiciado los congresos de estudiantes americanos del ciclo anterior, acabó por dotar de singular espesor a eso que venimos llamando latinoamericanismo desde abajo.

Ese fenómeno de tejido de vínculos horizontales supo ser tan tupido y arborescente que un mapeo exhaustivo de todas sus ramificaciones resultaría monótono, además de difícil de cernir en todas y cada una de sus

expresiones (el proceso de la Reforma tuvo una resonancia suficiente como para haber afectado eventualmente, al menos en algún grado, a la totalidad de las universidades del continente), por lo que aquí nos contentaremos con ilustrar algunos casos especialmente significativos que le dieron vida. Por lo demás, resulta en efecto difícil medir la magnitud del fenómeno, pero algunos indicadores nos hablan de su profundidad. Así, por caso, en 1924 José Ingenieros, otro de los mentores y afamados padres de la nueva generación emergente, podía trazar el siguiente balance:

El generoso movimiento de renovación liberal iniciado en 1918 por los estudiantes de Córdoba va adquiriendo en nuestra América los caracteres de un acontecimiento histórico de magnitud continental. Sus ecos inmediatos en Buenos Aires y México, en Santiago de Chile y La Habana, en Lima y Montevideo, han despertado en todos los demás países un vivo deseo de propiciar análogas conquistas. *En cien revistas estudiantiles se reclama la reforma de los estudios en sentido científico y moderno*, se afirma el derecho de los estudiantes a tener representación en los cuerpos directivos de la enseñanza, se proclama la necesidad de dar carácter extensivo a las universidades, y se expresa, en fin, que la nueva generación comparte los ideales de reforma política y económica

que tiendan a ampliar en sus pueblos la justicia social. (Énfasis propio)²⁰

Las cien revistas reformistas mencionadas en la cita resultan un número apenas exagerado (como bien sabía Ingenieros, que recibía una abundante correspondencia de pequeñas ciudades del interior de varios países del continente)²¹. Pero si agregamos a esa referencia cuantitativa otra de carácter cualitativo, podemos mencionar que incluso la revista argentina *Sur*, fundada por Victoria Ocampo en 1931 y por décadas una de las principales publicaciones culturales del continente –acusada repetidamente en el curso de su larga trayectoria de estar ceñida a un liberalismo europeísta sin fisuras–, se verá atravesada por el clima americanista de la década del veinte. Así, quien revise sobre todo sus primeros años de existencia podrá advertir que una inflexión continentalista no era ajena a sus páginas²². Otras dos revistas

20 José Ingenieros 1924 “La Reforma en América latina”, reproducido en Cúneo (1978:221).

21 El epistolario de Ingenieros, que hemos podido consultar muy parcialmente, se encuentra actualmente en proceso de catalogación en el CEDINCI de Buenos Aires.

22 (Sarlo, 1997). Por su parte, Horacio Tarcus, apoyándose en una minuciosa reconstrucción del triángulo

muy significativas de la historia política y cultural del continente también serán íntimamente deudoras del latinoamericanismo de los años veinte desplegado por la generación reformista. *Amauta*, la revista que Mariátegui publicó en Lima desde 1926 hasta su muerte, cuatro años después –y que expresa como ninguna otra publicación del continente una mixtura virtuosa de vanguardismo estético y político–, brindó su espacio a reformistas de todo el continente. Por ello, y por las redes americanas que la propia factura de la revista movilizó, y que son perceptibles en señas de su propia materialidad –avisos, menciones de libros de otros países, etc.–, la perspectiva americana estuvo en el centro de su apuesta político-cultural (aun cuando se tratase de un americanismo que no

lo epistolar conformado por Samuel Glusberg, Waldo Frank y José Carlos Mariátegui en la segunda mitad de la década del veinte, ha mostrado cómo *Sur* fue un proyecto concebido originalmente en estrecha relación con el americanismo que teñía la cultura del período (al punto que el nombre inicial pensado para la revista era el de *Nuestra América*). La muerte de Mariátegui y el privilegio de la relación con Victoria Ocampo por parte de Frank en desmedro de la que hasta entonces sostenía con Glusberg alteraron el plan original; pero aun así, la impronta americana no estuvo ausente en la revista (Tarcus, 2002).

recusaba de los más avanzados logros de la cultura occidental, comenzando por el marxismo). Finalmente, una revista de distinta naturaleza, la costarricense *Repertorio Americano* de Joaquín García Monge, también surge, en 1919, del clima continentalista que se expandía entonces. Más ecléctica en su orientación –por tratarse de una publicación compuesta esencialmente por artículos de intelectuales de todo el continente, y que su laborioso director reproducía sin hesitaciones–, si una ideología puede destilarse de sus páginas es la que proviene de su incesante afán latinoamericanista. De allí que, también, sus páginas estuvieran continuamente alimentadas por autores enrolados más o menos cercanamente a las diversas vertientes del reformismo universitario. Muy especialmente el aprismo, nacido de las entrañas mismas de la Reforma en el Perú, se hará continuamente presente en sus páginas a través de la pluma de Haya de la Torre o de quienes lo secundaban²³.

Ese nutrido campo de revistas culturales y políticas impactó de diversos modos en el imaginario continentalista impulsado por la generación reformista. En su nivel más obvio, tanto los autores de diversos países del continente

23 Para un análisis de la perspectiva continentalista de *Amauta* y de *Repertorio Americano* (Pakkasvirta, 2005).

que escribían en esas publicaciones como los contenidos explícitos de los artículos, se vinculaban directamente con la prédica americanista de los reformistas. Varias de esas revistas tenían secciones dedicadas especialmente a cuestiones universitarias o ligadas a una perspectiva continental. La revista *Sagitario*, por ejemplo, dirigida desde la ciudad de La Plata por Carlos Américo Amaya, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte –y a la sazón, una de las publicaciones más cabalmente empaçadas del espíritu de la Reforma–, incluía en sus páginas colaboraciones de autores como Mariátegui, Haya de la Torre, Antenor Orrego y Eudocio Ravines –todos enrolados en la emergente nueva generación peruana–, o del uruguayo Carlos Quijano, líder de la Reforma en el Uruguay y uno de los impulsores de la revista montevideana *Ariel*. En *Sagitario* las noticias y mensajes de grupos estudiantiles de todo el continente –publicadas en secciones que llevaban el nombre de “Universitarias”, o “Amistad Americana”– eran habituales²⁴. En

24 Señalemos un ejemplo: a comienzos de 1926, bajo el título “Entre las juventudes de Asunción y La Paz”, se reproducían sendos mensajes de camaradería despachados por organismos estudiantiles desde ambas capitales del continente. La dirección editorial de la

un segundo nivel, estas revistas contenían breves textos o paratextos con referencias ya a otras expresiones similares del continente, ya a anuncios de libros de autores americanos, ya a editoriales o librerías de otras ciudades. Esas marcas –tanto como la presencia de autores y noticias de otros países–, son un índice de que en su propia materialidad estas publicaciones llevaban inscripta la trama transnacional que las hacía posibles. Finalmente, si esos signos señalan la matriz americana que subtendía a la producción y difusión de este tipo de artefacto cultural, también el momento de su distribución requería tanto como fomentaba redes que iban más allá de las ciudades y países de su factura original. Mariátegui, por

revista encabezaba las misivas del siguiente modo: “Con motivo de un revuelo de cancillería –de esos a que tan acostumbrados nos tiene la diplomacia oficial– la juventud de ambos países afectados, Paraguay y Bolivia, cambiaron sendos mensajes de confraternidad. Por lo que las piezas textualmente dicen y por la significación que el hecho en sí tiene como un caso más demostrativo del grado de afinidad con que va tomando cohesión el nuevo espíritu continental, *Sagitario* reproduce los documentos”. Cfr. *Sagitario* (1926:278-279). Para una visión más comprensiva de *Sagitario* dentro del espectro de las revistas del reformismo universitario argentino (Rodríguez, 1999).

ejemplo, prohió un tupido haz de vínculos en el Perú y en el extranjero para la distribución y venta de *Amauta*²⁵.

Como es evidente, la preparación, factura y distribución de revistas de esta naturaleza sólo pudo ser tramitada a través de una profusa correspondencia. El correo fue, naturalmente, el soporte y vehículo gracias al cual emprendimientos de esa especie cobraron vida. Pero los vínculos epistolares excedieron largamente las tareas de preparación de publicaciones periódicas, y se constituyeron como una de las expresiones más firmes y sostenidas de la trama material del impulso latinoamericanista de los reformistas. En algunos casos, la correspondencia iniciada en estos años de militancia juvenil universitaria

compartida dio lugar a sólidas amistades que se extendieron por décadas. Gabriel del Mazo, ex líder reformista argentino, señalaba que hacia 1954 guardaba dos mil hojas de cartas de su similar peruano Víctor Raúl Haya de la Torre (Del Mazo, 1976: 216). Otras dos figuras importantes que trabaron relación en los avatares del movimiento reformista y que prosiguieron una relación epistolar hasta el fin de sus vidas fueron el mexicano Carlos Pellicer y el colombiano Germán Arciniegas. Pellicer había sido enviado a Bogotá como parte de una política del Estado revolucionario mexicano que se ajusta a la figura del “embajador intelectual” que hemos mencionado para el ciclo anterior al 18²⁶. (En rigor, México fue el único país que continuó apoyando sostenidamente los contactos e intercambios estudiantiles una vez que el movimiento reformista adoptó señas de radicalismo. La realización del Primer Congreso Internacional de Estu-

25 Según se desprende de la correspondencia de Mariátegui, dos exiliados del naciente aprismo peruano en Buenos Aires, Oscar Herrera y Manuel Seoane, colaboraron en la distribución de *Amauta* en esa ciudad. Seoane incluso menciona en una de sus cartas su pertenencia al grupo “Amigos de *Amauta*” existente en la capital argentina (Cfr. “Carta de Seoane a Mariátegui”, Buenos Aires, 14 de agosto de 1928, en Mariátegui [1994: 1918]). Para las redes a través de las cuales Mariátegui hizo circular su afamada revista, remitimos nuevamente al documentado estudio de Beigel (2007).

26 Según narra Daniel Cosío Villegas –líder estudiantil y presidente del Congreso Internacional de Estudiantes de 1921–, fue a sugerencia suya que el Estado mexicano aceptó enviar estudiantes al extranjero como modo de dar a conocer una imagen positiva del país emergente tras la revolución iniciada en 1910 (Cfr. Cosío Villegas, 1976). Para un análisis exhaustivo de esa estrategia mexicana. Yankelevich (op. cit).

diantes, en 1921, y las relaciones pro hijadas por Vasconcelos entre 1922 y 1924 desde la jefatura de la Secretaría de Educación Pública, resultan indicativos de esa postura.) En la capital colombiana, ambos jóvenes tuvieron un rol de primer orden en la gestación de La Asamblea, el nombre que adoptó la forma organizativa del movimiento estudiantil de ese país. Posteriormente, Arciniegas fue el principal mentor de su órgano, la revista *Universidad*. Cuando Pellicer a comienzos de 1920 abandona Bogotá rumbo a Venezuela –donde es recibido calurosamente por el Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho presidido por Mariano Picón-Salas, otra figura a la postre señera del americanismo–, comienza la larga correspondencia que se extiende casi hasta su muerte, en 1977. Ese intercambio, que conoce en los primeros años veinte su período de mayor intensidad, es el espacio en el que emergen iniciativas compartidas y se solidifica un sentimiento de identidad continental (Záitzeff, 2002). En suma, también la correspondencia entre numerosas figuras enroladas en el espacio del reformismo latinoamericano –cuya cuantía no podemos siquiera imaginar, puesto que la mayor parte de ella se ha perdido o permanece atesorada en manos privadas– abonó los cauces por los

cuales las redes continentales se construyeron y fortalecieron²⁷.

Pero si la elaboración de revistas y la correspondencia supusieron prácticas abundantemente desarrolladas por la generación reformista, una tercera modalidad tuvo un impacto acaso incluso mayor, en cuanto a su eficacia, en la producción de un imaginario continentalista común. Las cartas y las publicaciones, en los aspectos materiales que hemos referido, vinculaban subjetivamente a sus receptores a una “comunidad imaginada” reforzada por los símbolos y referencias comunes inherentes al proceso reformista. Así, por caso, la temática antiimperialista o el tópico que anunciaba la emergencia de una nueva generación americana eran parte de un arco de creencias compartidas en jóvenes que vivían en ciudades muy distantes entre sí. En ese marco, emulando las giras proselitistas de Ugarte, los reformistas desarrollaron una tendencia a desplazarse físicamente por el continente, protagonizando en sus travesías escenas rituales y

27 El rol de las cartas en el tejido de imaginarios continentales comunes fue tanto mayor dado que a menudo eran publicadas en muchas de las revistas culturales a las que nos hemos referido. Las manifestaciones privadas de americanismo pudieron así, al darse a conocer a la opinión pública, multiplicar su impacto.

performances que dejaron un saldo de emoción (la palabra de época aquí cobra todo su sentido) y de creación de una simbología común.

Ciertamente, fueron sobre todo algunas figuras que sobresalían por su prestigio y su capacidad de oratoria las que protagonizaron esos rituales latinoamericanistas. Alfredo Palacios, que había construido su carrera política dentro del Partido Socialista argentino gracias a su capacidad de conmover a sus escuchas en sus inflamadas alocuciones públicas, seguía de cerca los sucesos de Córdoba. Casi diariamente, algunos jóvenes dirigentes de la ciudad mediterránea lo mantenían informado a través de telegramas. Cuando estalla la huelga del 15 de junio, el movimiento estudiantil cordobés, necesitado de apoyo, le solicita su presencia. Una semana después Palacios viaja y se dirige en encendido discurso a una multitud de más de 9 mil personas. La arenga de quien estaba pronto a convertirse en “maestro de América” resulta conmovedora, y a través suyo la Reforma –según señala Juan Carlos Portantiero (1978: 42)– “comienza a adquirir nítidamente su perfil continental”.

Menos de un año después, en mayo de 1919, el viaje que Palacios emprende entonces a Lima tendrá un peso aun mayor. Todas las historias de la Reforma Universitaria peruana coinciden en destacar el cimbronazo que representó la vi-

sita del argentino al Perú. En el repaso que años después hacía Manuel Seoane, presidente en 1923 de la Federación de Estudiantes Peruanos y posterior figura de la plana mayor del APRA, “el verbo encendido de Palacios prendió la chispa el año 19” (Seoane, 1924: 9). Según el relato posterior de Luis Alberto Sánchez, la presencia del socialista argentino sirvió tanto para comunicar la dimensión del alcance de los hechos de Córdoba, como para incitar a los estudiantes peruanos a iniciar su propia reforma:

Al comienzo, y a través de los servicios cablegráficos, [la reforma cordobesa] pareció una mera algarada estudiantil. Fue preciso que llegara a Lima el parlamentario socialista argentino Alfredo L. Palacios, para que se justipreciara la profundidad del acontecimiento [...] En el banquete de despedida que los universitarios limeños ofrecieron a Palacios, éste pronunció un fogoso discurso, uno de cuyos párrafos contenía esta frase: “La Reforma Universitaria debe hacerse con los decanos o contra los decanos”. Se haría sin ellos...” (Sánchez, 1955:49 y 58)²⁸

En efecto, apenas pocos días después de producida la partida de Palacios, la Reforma es-

28 Citado en Gamarra Romero (1987:148).

tallaba en el Perú. Pero además de ese efecto inestimable –que sólo una mirada unidimensional puede ver como causa directa: recordemos que las universidades peruanas habían sido con antelación sede de conflictos estudiantiles–, Palacios ofició de puente entre los universitarios argentinos y peruanos, que desde entonces mantuvieron estrechas relaciones. Fue a través del elocuente legislador argentino que Haya de la Torre, el indiscutible líder estudiantil peruano, se vinculó a figuras como Gabriel del Mazo y Héctor Ripa Alberdi (que, a la sazón, también visitaría el Perú pocos años después).

Precisamente, de ese vínculo entre Haya de la Torre y Del Mazo surgiría en 1920 un “Convenio internacional de estudiantes peruano-argentino”, que establecía en uno de sus puntos la búsqueda de “la propaganda activa por todos los medios, para hacer efectivo el ideal de americanismo, procurando el acercamiento de todos los pueblos del continente”²⁹. Fruto de ese acuerdo, Haya emprenderá un importante viaje por los países del cono sur en los primeros meses de 1922, que resultará

un exitoso banco de pruebas para su futura labor proselitista como líder del APRA (que fundará años después desde el exilio). En efecto, durante la travesía el peruano comprobará cómo su prédica encontraba auditorios cómplices que se entusiasmaban con su figura carismática capaz de encarnar el rol de joven líder americano. En esa gira de agitación estudiantil, Haya tuvo tiempo de visitar las tumbas de Rodó, en Montevideo, y del joven poeta y militante de la Federación de Estudiantes Chilenos (FECH) Domingo Gómez Rojas en Santiago, que asesinado por la reacción en 1920 supo ser encaramado como uno de los primeros mártires latinoamericanos del naciente movimiento reformista. En Buenos Aires, el acto público en el que el peruano se dirigió a un auditorio colmado, junto a otras varias actividades y encuentros con figuras del quehacer cultural y político, alcanzó una resonancia tal como para que su visita mereciera una entrevista con el presidente Yrigoyen. En sus memorias, Gabriel del Mazo señalará que la visita de Haya representó un verdadero suceso: “Quedamos prendidos de su simpatía. No lo dejábamos irse”.

Tras su paso por Uruguay y Argentina, un capítulo especial del viaje de Haya lo constituyó su estancia en Chile. Las décadas que siguieron

29 “Convenio internacional de estudiantes peruano-argentino”, reproducido en Del Mazo (1927:25). Un convenio similar fue suscripto coetáneamente entre las federaciones estudiantiles de Argentina y Chile.

a la Guerra del Pacífico habían sido escenario de un clima hostil entre chilenos y peruanos, que se reavivaba periódicamente y que tenía en la opinión pública, acicateada por políticos que buscaban sacar rédito de la popularidad de la prédica nacionalista, una significativa caja de resonancia. En ese contexto adverso para aquellos que buscaran confraternizar con el respectivo país vecino, las federaciones estudiantiles de ambos países asumieron posiciones discordantes. Ya en ocasión del centenario de la independencia del Perú, la FECH enviaba un mensaje de fraternidad a través del cual auguraba la extensión de la propaganda antinacionalista y el acercamiento de ambos pueblos³⁰. Ese mis-

30 Se señalaba en dicho texto: “La juventud americana, que tan señaladas pruebas ha dado de su idealismo y de su serena y acertada apreciación de los hechos reales del mundo político y moral, debe emprender una verdadera e infatigable cruzada por crear el espíritu de paz de en esta bella parte del planeta [...] Al enviar la expresión de nuestra adhesión fraternal a los pueblos de América y en especial a la juventud y pueblo del Perú, con ocasión de la fiesta de su centenario, no se nos oculta que no reflejamos, ni con mucho, los sentimientos de la mayoría del pueblo chileno; pero no hemos vacilado en manifestar los nuestros, ciertos como estamos de que son los más nobles, y que acabarán por imponerse a la conciencia general”. “La Federación de Estudiantes de Chile en el Centenario del Perú”. (Del Mazo, 1927:187-188)

mo año, el profesor Carlos Vicuña Fuentes sería cesanteado en su cargo de la Universidad de Chile por sostener públicamente la necesidad justiciera de “devolver” Tacna y Arica al Perú (en un hecho que le valdría la amonestación pública del canciller chileno Ernesto Barros Jarpa). En esa situación, la visita de Haya de la Torre apenas unos meses después, en mayo de 1922, coincidía con un momento de encono entre chilenos y peruanos. Y sin embargo, el líder peruano no titubeó en proclamar públicamente, y en varias ocasiones, el carácter superior de la causa americana frente a cualquier diferendo limítrofe. En sendos actos compartidos con Vicuña Fuentes y otras figuras de la FECH Haya cosechó conmovidos elogios. Y según recogía el diario limeño *La Crónica*, a juicio de un articulista del periódico *El Mercurio* de Valparaíso Haya había “operado el prodigio de hacer lanzar vítores al Perú en Chile”³¹.

Regresado a Lima, el líder estudiantil peruano recibiría la misma acusación de la que eran víctimas entonces las minorías de “entreguistas” que en Chile abogaban por el fin del dife-

31 “Crónica del viaje de Haya de la Torre por Uruguay, Argentina y Chile” en *La Crónica*, Lima, 27 de junio de 1922, reproducido en Del Mazo (op. cit., tomo 4:153).

rendo: Haya escuchará, repetidas veces, que se había “vendido al oro chileno” (en el caso de los estudiantes de la FECH, recíprocamente, resultaba que era el oro peruano el que había sobornado sus conciencias). El episodio resulta revelador porque manifiesta un caso límite del latinoamericanismo desde abajo sobre el que hemos venido refiriéndonos: fueron los movimientos estudiantiles de ambos países –en alianza con sectores obreros de sesgo libertario y algunos intelectuales librepensadores como Vicuña Fuentes– quienes procuraron una política de genuino acercamiento, enfrentando el consenso dominante las posiciones de las elites gobernantes.

Más en general, la movilidad y el dinamismo de los jóvenes reformistas se revelaron un vehículo eficaz para comunicar vívidamente el ideal continentalista y producir escenas de hondo contenido emotivo. La *cultura nómada* de la que hicieron gala muchos de esos jóvenes –y que aquí hemos apenas atisbado a través de unos pocos casos– hubo de resultar un efectivo multiplicador del “nosotros” del que se sentían parte la comunidad creciente de militantes y simpatizantes del reformismo latinoamericano. Así, cuando el mismo Haya de la Torre recale en La Habana a fines de 1923, en el inicio de un largo peregrinaje al que se veía obligado tras el destierro al que lo

había sometido el presidente peruano Augusto B. Leguía, el jovencísimo líder de los estudiantes cubanos Julio Antonio Mella no esconderá la conmoción que esa presencia le produjo:

Pasó entre nosotros, rápido y luminoso, como un cóndor de fuego marchando hacia los cielos infinitos. En su breve estancia se nos presentó; ora como un Mirabeau demoledor con la fuerza de su verbo de las eternas tiranías que el hombre sostiene sobre el hermano hombre, ora como el Mesías de una Buena Nueva que dice la palabra mágica de esperanza [...] Cuando se le sentía, más que cuando se le veía en la tribuna, se tenía la sensación de algo misterioso vagando por el ambiente, subyugaba y dominaba de tal forma el auditorio, que este semejava mansos cachorros de león cumpliendo las órdenes del domador; hacía reír, llorar, pensar, temer, toda la gama del sentimiento la recorría con magistral exquisitez. Es el arquetipo de la juventud americana, es un sueño de Rodó hecho realidad, es Ariel. (Mella, 1924)

VII

La espesa trama de relaciones y contactos transnacionales entre las juventudes del continente se expresó a menudo en una convicción compartida: la unión americana estaba construyéndose sin necesidad de las viejas elites y en prescindien-

cia de las burocracias estatales. Con la excepción ya referida de México, y más allá de eventuales momentos de concordancia con gobiernos que podían satisfacer las demandas estudiantiles –como supo ser el caso de Hipólito Yrigoyen en Argentina–, para quienes simpatizaban con la Reforma Universitaria parecía resultar claro que un genuino y desinteresado impulso a la unidad del continente sólo podía provenir de sectores desvinculados de la política tradicional.

En rigor, bastante antes de 1918 habían existido señales de movimientos intelectuales que buscaban preservar esferas de autonomía respecto a los Estados. Cuando el Ateneo de México, la agrupación que reunía a figuras de la talla de José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y Alfonso Reyes, entre otros, se decide a fundar en 1911 una Universidad Popular Mexicana, fija en sus estatutos una norma que prohíbe aceptar cualquier tipo de ayuda gubernamental (contradiendo lo que será la posterior posición paternalista del Estado mexicano respecto a los intelectuales a lo largo del siglo XX) (Henríquez Ureña, 1984:292).

El mismo Vasconcelos, cuando tras fervientes años al frente de la Secretaría de Educación Pública desde los que había tejido relaciones con grupos estudiantiles de todo el continente

que no dudaban en ubicarlo como otra de las figuras insignes de esa hora americana, continúa desde el llano dando conferencias y desarrollando relaciones a escala continental, percibe en sus interlocutores la desconfianza respecto a las elites políticas. En el mensaje que le dirige el ecuatoriano César Arroyo se expresa una opinión bastante extendida:

Quando la Gran Guerra, después de haber producido la más pavorosa de las crisis en el Viejo Mundo, señala a la América como el campo de reserva de la humanidad, como la clave excelsa del porvenir, debemos estar más unidos que nunca; y esta unión necesaria y salvadora, no la han de hacer los políticos, no la ha de hacer la diplomacia, sino los jóvenes que han de ser los dirigentes del mañana. (Arroyo, 1925:14)³²

Era también el estudiantado emergente, para el colombiano Arciniegas, el sujeto en quien podía depositarse confianza en la consecución de la empresa unionista:

La constante relación de los estudiantes de América, por el intercambio de misiones y aun por la simple correspondencia [...] es la base más segu-

32 Citado por Fell (1989:589).

ra de la amistad y de la futura y verdadera solidaridad hispanoamericana.³³

Esa suerte de consenso acerca de las reservas que debían mantenerse frente a los elencos políticos heredados, podía compartirse desde las franjas más decididamente antiimperialistas y de izquierda. En una nota sin firma publicada en *El Libertador*, el órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas, con sede principal en México, se afirmaba que “ya es tiempo de forzar la unión latinoamericana contra el imperialismo, desde abajo y a pesar de nuestros minúsculos caudillos, pequeñas autocracias, patrioterros y burocracias” (*El Libertador*, 1925: 3). Así, en sus momentos de mayor autoconfianza esa que gustaba llamarse nueva generación americana podía porfiarse, con gesto vanguardista, de deshacer y rehacer el fundamento mismo de las relaciones internacionales. En las resoluciones finales adoptadas en el célebre Congreso Internacional de Estudiantes de México de 1921, puede leerse lo siguiente:

Los centros y federaciones estudiantiles deben luchar [...] por abolir el actual concepto de rela-

ciones internacionales haciendo que, en lo sucesivo, éstas queden establecidas entre los pueblos y no entre los gobiernos.³⁴

VIII

Dos interpretaciones en apariencia contrapuestas del éxito que el discurso latinoamericanista había alcanzado condujeron, hacia la mitad de la década del veinte, a modificaciones que afectaron al extendido lote de simpatizantes del reformismo. En algunos países en los que la Reforma daba muestras de retroceso –como, ejemplarmente, la Argentina–, algunas voces se elevaron advirtiendo signos de crisis en la evolución del movimiento. De allí que se percibiera como necesario dar lugar a cambios. Uno de los directores de *Sagitario* y, a la sazón, uno de los más prominentes dirigentes del reformismo argentino, Julio V. González, manifestó que debía abandonarse la antigua repulsa por la política que era moneda corriente entre los jóvenes. En un editorial de *Sagitario*, González (1926) no dudaba en señalar:

33 Arciniegas, G. “Los estudiantes y el gobierno universitario”, reproducido por Portantiero (1978:336).

34 “Resoluciones del Congreso Internacional de Estudiantes reunido en México”, reproducido por Del Mazo (op. cit., tomo 6:77).

POLÍTICA: he aquí la nueva palabra que debe incorporar a su repertorio y colocar en primer plano la Nueva Generación [...] Aunque los partidos político existentes son malos y peor orientados; aunque acusen un bajo nivel intelectual y un estado más o menos manifiesto de corrupción y venalidad; aunque la política nacional esté regida por un crudo sensualismo del poder en vez de serlo por altos ideales, es menester no obstante ir a ellos para procurar ponerlos al servicio de la nueva generación.³⁵

Un año después no era una táctica “entrista” la propiciada por González, sino la creación de un nuevo Partido Nacional Reformista que evite “que la ideología forjada con el esfuerzo de una década se pierda en la abstracción” (González, 1927). La iniciativa recibirá pocas reacciones entusiastas, y fracasará.

Pero de una visión que parecía partir de un balance menos pesimista pudieron derivarse cursos de acción más exitosos. En un breve lapso de tiempo, en el bienio 1924-1925, varias tentativas convergieron en la idea de dar mayor organicidad a la extendida sensibilidad unionista y antiimperialista. Así, se fundaban casi al mismo tiempo la Unión Latinoamericana

(ULA), comandada por Ingenieros y Palacios; la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), en la que se alistaban Julio Mella y Diego Rivera; la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), impulsada desde París por Carlos Quijano; y la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) lanzada desde Inglaterra por Haya de la Torre, para mencionar sólo las iniciativas de mayor peso (a las que hay que agregar la avanzada de la III Internacional en el continente). Más allá de sus diferencias, estas entidades parecían compartir un diagnóstico al menos tácito: antes que la debilidad que Julio V. González podía percibir en el reformismo argentino era la exitosa propagación de la prédica latinoamericanista la que subyacía a la aparición concurrente de estas organizaciones. Dicho de otro modo: su origen se debía, al menos en parte, a las apetencias por encolumnar y eventualmente hegemonizar el dilatado campo que parecía simpatizar con el antiimperialismo americanista. Ese sesgo pudo advertirse en las entidades que con mayor tesón se procuraron arraigo en Latinoamérica. Tal el caso del APRA, que gracias al dinamismo no sólo de Haya sino del núcleo de jóvenes reformistas que lo secundaba, vio nacer en un lapso breve de tiempo células en varias ciudades del continente y aun de Europa.

³⁵ Citado por Rodríguez y Cattáneo (2000: 54).

Como sea, durante un tiempo, en la medida en que estas organizaciones eran porosas y no solicitaban a sus miembros exclusividad, pudieron coexistir y hasta cooperar entre sí. El peruano Manuel Seoane, por caso, podía dirigir la célula del APRA en Buenos Aires al tiempo que era secretario de la ULA y hombre de confianza de Palacios. Durante ese período, los intercambios de revistas, la correspondencia y las misiones y viajes proselitistas no sólo no decrecieron sino que probablemente aumentaron, con el consiguiente incremento de la fe latinoamericanista en porciones significativas de las poblaciones del continente. Paradójicamente, sin embargo, la expansión de la sensibilidad americanista condujo a que el “nosotros” extendido que se esparcía en el espacio de América Latina comenzara a agrietarse por efecto de la rivalidad y competencia de las organizaciones que buscaban representarlo. Un hito desencadenante de esa nueva tendencia tuvo lugar en el importante Congreso Antiimperialista de Bruselas de febrero de 1927. Los tres líderes reformistas que asistieron –Haya de la Torre, Julio Mella y Carlos Quijano– actuaron allí de manera separada y terminaron distanciados.

Con todo, parece ser que fue hacia 1930 cuando el impulso unionista ingresó en una fase de declive en el seno del reformismo universitario. Ello se debió a un conjunto entrelazado de

factores. En primer lugar, la falta de traducción práctica del imaginario continentalista implicó un desgaste para todos aquellos que ansiaban ver materializada la “patria latinoamericana”. En segundo lugar, en algunas naciones del continente recrudecían regímenes dictatoriales que dificultaron la militancia reformista y tornaron complicada incluso la vida en las universidades. Ello trajo aparejado que en varios de esos países figuras procedentes del reformismo ingresaran de lleno en la liza de la política nacional integrándose en partidos ya existentes o fundando otros nuevos, con la concomitante mengua de las energías dedicadas a construir vínculos a escala continental. En tercer lugar, algunas importantes organizaciones unionistas ligadas al reformismo universitario desaparecen con el comienzo de la década. Tal es lo que ocurre con la Unión Latinoamericana y, poco después, con la LADLA. Finalmente, el estallido de la Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia, en 1932, cuyas escaramuzas previas habían ya generado preocupación dentro de los círculos reformistas, ofreció un desmentido práctico de relieve a la creencia de que las guerras interamericanas habían quedado sepultadas en el pasado³⁶. Con

36 Incluso aquellas franjas que, por influjo de las filosofías vitalistas de la época que hacían culto de la acción

todo, los flujos que habían alimentado ese latinoamericanismo desde abajo no desaparecieron completamente; aún en menor magnitud siguieron existiendo, a menudo integrados no obstante en lógicas de acción política que redujeron el carácter autónomo y creativo que les dio impulso en el ciclo de auge del reformismo.

IX

Recapitulemos y concluyamos: entre 1918 y 1930 el reformismo universitario latinoameri-

y el coraje, podían entusiasmarse con algunas dimensiones “intensas” que la Gran Guerra había traído aparejada, no veían ni posible ni deseable que una conflagración de esa naturaleza acaeciera en América Latina. Así, desde la revista de la vanguardia literaria argentina *Inicial*, partidaria también de la Reforma, podía afirmarse: “Estamos en la era de la acción intensa y múltiple [...] No negamos, pues, la fatalidad dramática y humana de la guerra. Pero afirmamos que el problema de la guerra no se ha planteado en Sur América [...] Los factores naturales que desencadenaron la epopeya europea no existen aquí [...] Aquí, todo nos une y nada nos separa. Y una cosa sobre todas las demás nos une: el peligro común, que es el peligro yanqui” (*Inicial* 1923 [Buenos Aires], N°3. Citado por Rodríguez [1999:236-237]). Como se observa, la eventualidad de una guerra como la protagonizada por Bolivia y Paraguay no estaba dentro de las posibilidades de esta publicación.

cano dio vida a un ciclo que, por las prácticas y representaciones que movilizó, constituye un capítulo insoslayable en la historia de las tentativas de creación de instancias supranacionales de rango continental. En el renglón de las prácticas, el uso y la magnitud de la correspondencia, la cantidad y calidad de revistas culturales de horizonte americanista, y la movilidad y dinamismo inherentes a un tipo especial de viaje proselitista, acabaron por conformar un latinoamericanismo práctico forjado desde lo que hoy llamamos sociedad civil y que privilegió relaciones de tipo horizontal; en cuanto a las representaciones, ese conjunto de iniciativas se vio acompañado por una creencia, en ocasiones apenas esbozada, acerca de que las relaciones entre naciones llegarían a mejor puerto si eran impulsadas por intelectuales o grupos subalternos antes que por las elites políticas o estatales (relaciones “entre pueblos y no entre gobiernos”, como se quería en las resoluciones del Congreso Internacional de Estudiantes de México). Tanto esas prácticas como esas ideas acerca de los modos de materializar la unidad continental venían siendo incubadas al menos desde comienzos de siglo; pero el tono y el dinamismo que adquirieron con posterioridad a 1918 tuvo que ver con las transformaciones sociales e

ideológicas que actuaron como precondition de la Reforma.

¿Qué sentido tiene volver hoy sobre este capítulo de la historia política y cultural latinoamericana? Con demasiada frecuencia, cuando se evocan las memorias que recubren el nombre “América Latina” se produce una suerte de efecto de aplanamiento. Pareciera que todos los proyectos de unidad continental, de Bolívar a nuestros días, quedan subsumidos en un único modelo posible. Pensar una historia latinoamericana más quebradiza y plural, menos atada a una única historia sustancial proveniente desde el fondo de los tiempos, es abrir el abanico a diversas formas posibles de imaginar el perfil del continente. Cuando hay signos de que una nueva “hora americana” tintinea ante nuestros ojos interrogar de modo heterodoxo a esa tradición de apariencia unilineal puede resultar un ejercicio enriquecedor capaz de brindar insumos para meditar el presente.

BIBLIOGRAFÍA

- “Convenio internacional de estudiantes peruano-argentino” en Del Mazo, Gabriel (comp.) 1927 *La reforma Universitaria* (Buenos Aires: Ferrari Hermanos) t. 4.
- “Crónica del viaje de Haya de la Torre por Uruguay, Argentina y Chile” (*La Crónica*, Lima, 27 de junio de 1922) en Del Mazo, Gabriel (comp.) 1927 *La reforma Universitaria* (Buenos Aires: Ferrari Hermanos) t. 4.
- “Resoluciones del Congreso Internacional de Estudiantes reunido en México”, en Del Mazo, Gabriel (comp.) 1927 *La reforma Universitaria*. (Buenos Aires, Ferrari Hermanos) t. 6.
- Arroyo, César 1925 *La Antorcha* (México) N°26, 28 de marzo
- Beigel, Fernanda 2007 *La epopeya de una revista y una generación. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina* (Buenos Aires: Biblos).
- Colombi, Beatriz 2004 “Vocación migrante y viaje intelectual. Manuel Ugarte” en *Viaje Intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina* (Rosario: Beatriz Viterbo).
- Cornejo Köster, Enrique 1978 (1926) “Crónica del movimiento estudiantil peruano” en Portantiero, Juan Carlos (comp.) *Estudiantes y política en América Latina. El Proceso de la Reforma universitaria, 1918-1938* (México: Siglo XXI).
- Cosío Villegas, D. 1976 *Memorias* (México: Joaquín Mortiz)

- Cúneo, Dardo (comp.) 1978 *La Reforma Universitaria (1918-1930)* (Caracas: Biblioteca Ayacucho).
- Del Mazo, Gabriel (comp.) 1926 *La Reforma Universitaria* (Buenos Aires: Ferrari Hermanos) t. 1.
- Del Mazo, Gabriel (comp.) 1927 *La reforma Universitaria*, (Buenos Aires: Ferrari Hermanos) t. 4.
- Del Mazo, Gabriel 1976 *Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos* (Buenos Aires: Plus Ultra).
- Devés, Eduardo y Melgar Bao, Ricardo 1999 “Redes teosóficas y pensadores (políticos) latinoamericanos (1910-1930)” en *Cuadernos Americanos* (México: UNAM) N°78.
- Díaz-Quñones, Arcadio 2005 “El 98: la guerra simbólica” en Salvatore, Ricardo (comp.) *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África* (Rosario: Beatriz Viterbo).
- Ehrlich, Laura 2007 “Una convivencia difícil. Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo” en *Políticas de la Memoria* (Buenos Aires: Cedinci) N°6-7.
- El Libertador* 1925 “Un Congreso Antiimperialista continental” (México) N°2, mayo.
- Fell, Claude 1989 *José Vasconcelos. Los años del águila* (México: UNAM)
- Galasso, Norberto 1974 *Manuel Ugarte* (Buenos Aires: EUDEBA) Tomo 1.
- Gamarra Romero, Juan Manuel 1987 *La Reforma Universitaria. El movimiento estudiantil de los años veinte en el Perú* (Lima: Okura).
- García, Susana V. 2000 “Embajadores intelectuales’. El apoyo del Estado a los Congresos de estudiantes americanos a principios del siglo XX” en *Estudios Sociales* (Santa Fe) N°19, segundo semestre.
- Garciadiego, Javier 1996 *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana* (México: El Colegio de México/UNAM).
- González, Julio V. 1926 “Editorial” en *Sagitario*, N°7, octubre-noviembre.
- González, Julio V. 1927 “El Partido Nacional Reformista” en *Revista de Filosofía*, septiembre.
- Halperin Donghi, Tulio 1999 *Vida y muerte de la República Verdadera* (Buenos Aires: Ariel).
- Halperin Donghi, Tulio 2002 (1962) *Historia de la Universidad de Buenos Aires* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Henríquez Ureña, Pedro 1984 “La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México” en *Estudios mexicanos* (México: FCE).
- Lombardi, Carlo 1992 “De la paloma mensajera al sistema editorial” en Giovannini, Giovanni

- (comp.) *Del pedernal al silicio. Historia de los medios de comunicación masiva* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Losada, Leandro 2008 *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Machuca Becerra, Roberto 1996 "América Latina y el Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1921". Tesis de licenciatura (México: UNAM) (Mimeo).
- Mariátegui, José Carlos 1994 *Mariátegui Total* (Lima: Empresa Editora Amauta).
- Mariátegui, José Carlos 1994 "Primera conferencia. La crisis mundial y el proletariado peruano" en *Historia de la Crisis Mundial*, compilado en *Mariátegui Total* (Lima: Amauta).
- Mariátegui, José Carlos 1997 "Notas de la conferencia dictada en Barranca" en *Anuario Mariateguiano* (Lima: Empresa Editora Amauta) Vol. 9, N°9.
- Mariátegui, José Carlos 1997 "Notas del discurso pronunciado en la inauguración de la Editorial Obrera Claridad" en *Anuario Mariateguiano* (Lima: Empresa Editora Amauta) Vol. 9, N°9.
- Marramao, Giacomo 2006 *Pasaje a Occidente. Filosofía y Globalización* (Buenos Aires: Katz).
- Mella, Julio A. 1924 "Haya de la Torre" en *Juventud* (La Habana) N°1, enero.
- Pakkasvirta, Jussi 2005 *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y el Perú (1919-1930)* (San José: Ediciones de la Universidad de Costa Rica).
- Portantiero, Juan Carlos (comp.) 1978 *Estudiantes y política en América Latina. El Proceso de la Reforma universitaria, 1918-1938* (México: Siglo XXI).
- Quereilhac, Soledad 2008 "El intelectual teósofo: la actuación de Leopoldo Lugones en la revista *Philadelphia* (1898-1902) y las matrices ocultistas de sus ensayos del Centenario" en *Prismas. Revista de Historia Intelectual* (Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes) N°12.
- Roca, Deodoro 1926 "La nueva generación americana" en Del Mazo, Gabriel (comp.) *La Reforma Universitaria. Tomo I. Juicio de hombres de la nueva generación acerca de su significado y alcances (1918-1926)* (Buenos Aires: Ferrari Hermanos).
- Rodó, José Enrique 1948 "Por la unidad de América" en *Obras completas* (Buenos Aires: Claridad).
- Rodríguez, Fernando 1999 *Inicial, Sagitario y Valoraciones. Una aproximación a las letras y a la política de la nueva generación ameri-*

- cana” en Sosnowski, Saúl (ed.) *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas* (Buenos Aires: Alianza).
- Rodríguez, Fernando y Cattáneo, Liliana 2000 “Ariel exasperado: avatares de la Reforma Universitaria en la década del veinte” en *Prismas. Revista de historia intelectual* (Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes) N°4.
- Sagitario* 1926 (La Plata) N°5, enero/marzo.
- Sánchez, L. A. 1955 *Haya de la Torre y el APRA. Crónica de un hombre y un partido* (Santiago de Chile: El Pacífico).
- Sarlo, Beatriz 1997 “La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*” en Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia* (Buenos Aires: Ariel).
- Sazbón, Daniel 2006 “La ‘descomposición de lo social’: la sociología de Gabriel Tarde y sus lecturas recientes” en *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico* (Buenos Aires) N°3, septiembre-octubre.
- Seoane, M. 1924 “La nueva generación peruana” en *Claridad. Órgano de la Federación Obrera local de Lima y de la juventud libre del Perú* (Lima) N°7, noviembre.
- Tarcus, H. 2002 *Mariátegui en la Argentina, o las políticas culturales de Samuel Glusberg* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto).
- Tarde, Gabriel 1904 *L’opinion et la foule* (París: Félix Alcan).
- Terán, Oscar 1986 “El primer antiimperialismo latinoamericano” en Terán, O. *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos).
- Terán, Oscar 1999 “La Reforma Universitaria en el clima de ideas de la ‘nueva sensibilidad’” en *Espacios* (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA) N°24.
- Ugarte, Manuel 1922 *Mi campaña hispano-americana* (Barcelona: Cervantes).
- Valéry, Paul 1927 “Notas sobre la grandeza y la decadencia de Europa” en *Revista de Occidente* (Madrid) Vol. 16, N°46.
- Valéry, Paul 1931 (1928) “Sur l’histoire” en *Regards sur le monde actuel* (París).
- Van Aken, Mark J. 1971 “University Reform before Córdoba” en *Hispanic American Historical Review*, vol. 51, N°3.
- Vásquez, Karina 2000 “Intelectuales y política: la ‘nueva generación’ en los primeros años de la Reforma Universitaria” en *Prismas. Revista de Historia Intelectual* (Buenos Aires: Universidad de Quilmes) N°4.
- Yankelevich, Pablo 1997 *Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930* (México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana).

Zaitzeff, Sergio (editor) 2002 *Correspondencia entre Carlos Pellicer y Germán Arciniegas* (México: CONACULTA).

Zweig, Stefan 1953 “La primera palabra a través del océano” en Zweig, S. *Nuevos momentos estelares* (Buenos Aires: Espasa Calpe).